

Dei somos contemplativos en medio de la calle” (AVP, III, p. 713). Luego les habló de la necesidad de rezar por los sacerdotes, de ser fieles a su vocación y de vida de piedad, con mucha persuasión y energía (cfr. AVP, III, pp. 713-714).

El lunes, 8 de julio, víspera de la partida de san Josemaría para Lima, “fueron muchos los que a la hora de comer se lanzaron a la carretera, para llegar a primera hora de la tarde al santuario mariano de Nuestra Señora de Lo Vásquez, adonde acudiría el Padre. (...) Tan pronto llegó a la explanada delante del templo, se emocionó al ver la multitud de personas que habían sacrificado el almuerzo para acompañarle en el rezo del rosario. (...) Antes de salir a la explanada se puso el Padre unas gafas oscuras. No sólo para defenderse del sol. Es que no vería ya más a aquellas gentes, y le embargaba la emoción” (AVP, III, p. 715).

La visita de san Josemaría marcó un hito en el desarrollo de la labor apostólica. En 1975 había Centros del Opus Dei sólo en Santiago y Chimbarongo. Gracias a su impulso y a su intercesión, en los años siguientes comenzó la labor estable en Viña del Mar y Concepción, y años más tarde, en Antofagasta y Temuco. En esas ciudades y en Santiago aumentaron los centros culturales, las residencias universitarias, los clubs juveniles, y otras labores educativas y de promoción social, y se consolidaron las que él conoció: las primeras residencias universitarias –ahora llamadas Alborada y Araucaria– contaron con sedes construidas de planta; y también se desarrollaron las obras sociales y educativas El Salto, Fontanar y Las Garzas.

Después de 1975, miembros de la Obra que se han trasladado a diversos puntos del país, han comenzado el trabajo apostólico desde Arica, en el extremo norte, hasta Punta Arenas, junto al Estrecho de Magallanes, incluyendo Iquique, Calama, La Serena, Ovalle, Curicó, Talca, Chillán, Los Ángeles, Valdivia, Osorno, Puerto Varas y Puerto

Montt. En 1989 se inició la Universidad de Los Andes, con sede en la ciudad de Santiago. También hay chilenas y chilenos del Opus Dei en países de los cinco continentes, haciendo realidad el deseo que san Josemaría manifestó frecuentemente en Santiago: “En Chile y desde Chile”.

Voces relacionadas: Catequesis, Labor y viajes de.

Bibliografía: AVP, III, pp. 709-731; Ana SASTRE, *Tiempo de caminar. Semblanza de Monseñor Josemaría Escrivá de Balaguer*, Madrid, Rialp, 1990³, pp. 566-571.

Speria CAYO TAMBURRINO

COLEGIO ROMANO DE LA SANTA CRUZ

1. Un centro de formación en Roma. 2. Los comienzos (1948-1955). 3. Consolidación y sede definitiva (1956-1975).

El Colegio Romano de la Santa Cruz es uno de los Centros interregionales del Opus Dei, directamente dependientes del prelado, destinados a proporcionar una intensa formación doctrinal-religiosa y espiritual a los fieles de la Prelatura, en este caso, numerarios varones, que posteriormente pueden recibir encargos de formación en las diversas circunscripciones (cfr. *Statuta*, n. 98). En este lugar reciben también su formación específica la mayoría de los candidatos al sacerdocio del clero incardinado en la Prelatura (cfr. *Statuta*, n. 102). Tiene su sede en Roma y fue erigido el 29 de junio de 1948, fiesta de los Apóstoles Pedro y Pablo. También en Roma existe un Centro paralelo para las mujeres: el Colegio Romano de Santa María, erigido por el fundador en 1953.

1. Un centro de formación en Roma

La mejor explicación sobre el espíritu y fines del Colegio Romano de la Santa Cruz nos la ofrecen las siguientes pa-

labras del fundador, dirigidas a un grupo de nuevos alumnos: “¿Sabéis qué quiere decir Colegio Romano de la Santa Cruz? *Colegio (...)* es una reunión de corazones que forman –*consummati in unum*– un solo corazón, que vibra con el mismo amor. Es una reunión de voluntades, que constituyen un único querer, para servir a Dios. Es una reunión de entendimientos, que están abiertos para acoger todas las verdades que iluminan nuestra común vocación divina. *Romano*, porque nosotros, por nuestra alma, por nuestro espíritu, somos muy romanos. Porque en Roma reside el Santo Padre, el Vice-Cristo, el dulce Cristo que pasa por la tierra. *De la Santa Cruz*, porque el Señor quiso coronar la Obra con la Cruz, como se rematan los edificios, un 14 de febrero... Y porque la Cruz de Cristo está inscrita en la vida del Opus Dei desde su mismo origen, como lo está en la vida de cada uno de mis hijos... Aquí venís (...) para seguir estudios teológicos de altura universitaria. Después, para convivir con vuestros hermanos de distintos países, y para que veáis que en las demás naciones hay muchas cosas admirables, dignas de ser alabadas e imitadas (...). Habéis venido a llenar de Sabiduría el vaso de vuestra alma, poniendo mucho empeño en que no se rompa. Si no mejorarais en vuestra vida interior, en la piedad y en la doctrina, habríamos perdido el tiempo” (citado en SASTRE, 1991, p. 343).

Como escribe Vázquez de Prada, “el Fundador había concebido el Colegio Romano como *instrumento de instrumentos*, para *romanizar* la Obra y mantenerla unida” (AVP, III, p. 279). Entendía por “romanizar”, el amor y la lealtad al Sumo Pontífice, la visión católica y ecuménica –que sabe superar nacionalismos y particularidades pueblerinas–, algo que deseaba inculcar en todos los miembros del Opus Dei, pero especialmente en aquellos que ocuparían encargos de formación o de gobierno, o servirían a los demás como sacerdotes. Además, deseaba que el tiempo pasado en Roma ayudara a los alumnos a refor-

zar su unión con el Padre y sus Consejos centrales de gobierno, y con el resto de la Obra, representada allí por personas de países, culturas y mentalidades muy diversas. También deseaba que ese periodo robusteciera su vida espiritual y el conocimiento teórico y práctico del espíritu del Opus Dei. Todo esto, acompañando la realización de los estudios institucionales de Filosofía y Teología, la licencia de grado y el doctorado en una disciplina eclesiástica.

Se cuentan por millares los alumnos que han pasado por este Centro. Hasta su muerte, san Josemaría les dedicó muchas energías y durante algunas temporadas la convivencia con ellos fue muy estrecha. Así, varias generaciones de alumnos pudieron beneficiarse directamente de su ejemplo y de sus enseñanzas, que –como tantos de ellos han declarado– fueron la experiencia más fecunda de ese periodo romano. La historia de la expansión internacional y consolidación institucional del Opus Dei deben mucho al Colegio Romano, donde el fundador pudo formar directamente a laicos y sacerdotes que protagonizarían, en muchos casos, los comienzos y el desarrollo de la Obra en tantos lugares e iniciativas. Ellos han sido quizá la mejor cadena de transmisión del espíritu del Opus Dei, aprendido junto al fundador, a las generaciones futuras de fieles.

2. Los comienzos (1948-1955)

Los comienzos de Colegio Romano de la Santa Cruz fueron muy modestos y estuvieron caracterizados por la pobreza, las incomodidades materiales, y también la alegría de convivir en Roma con el fundador y de estar cerca de la Sede de Pedro. Durante el verano de 1947, san Josemaría y algunos miembros del Opus Dei se habían trasladado a la portería de la actual Villa Tevere. No pudieron ocupar la vivienda principal hasta febrero de 1949, a causa de los antiguos inquilinos, que se negaron a abandonarla. Los planes contemplaban instalar allí la sede central de la Obra y

buscar otra sede propia para un centro de formación al que acudirían universitarios de distintos países, que sería el Colegio Romano de la Santa Cruz. Había muy pocos medios, de modo que ni tan siquiera tenían camas para todos, ni podían encender la calefacción.

En esas circunstancias, san Josemaría tomó una decisión audaz: erigir allí mismo el Colegio Romano de la Santa Cruz, con un decreto que firmó el 29 de junio de 1948. Álvaro del Portillo, que fue nombrado Rector del mismo, consideraba muchos años después que “humanamente, la erección de este Centro de formación en 1948 era una auténtica locura. En una casa mínima –la portería de Villa Tevere–, vivíamos amontonados todos los que entonces estábamos en Roma”. Y a pesar de todo, sin esperar a que las circunstancias fueran más favorables, y contando con un exiguo número de personas –sólo cuatro alumnos comenzaron los estudios–, redactó “un decreto en el que, con espíritu profético, afirmaba que el Colegio Romano de la Santa Cruz estaba destinado a recibir gente *ex omni natione*, de todas las naciones, y a dar frutos cada día más copiosos. ¿No es esto una gran manifestación de fe?” (DEL PORTILLO, 1988, p. 132).

Para san Josemaría se trataba de una carrera contra el tiempo, pues estaba convencido –lo dijo muchas veces en esos años– de que si no lograba sacar adelante ese proyecto, la expansión y el desarrollo de la Obra sufrirían un retraso de medio siglo. “Se sabía depositario del espíritu de la Obra –explicaba Mons. Del Portillo–, con la obligación de extenderlo cuanto antes por todas partes. Para eso necesitaba sacerdotes y Directores, y quiso formarlos personalmente, a su lado, al mismo tiempo que *romanizaba* la Obra, haciendo que estuviera cada día más pegada al Papa” (DEL PORTILLO, 1988, p. 132).

Un año después, como se lee en una nota programática de 1949, san Josemaría pensaba en organizar un gran centro

universitario en Roma, en donde cursarían sus estudios de Filosofía y Teología los alumnos del Colegio Romano de la Santa Cruz. Para que eso fuera posible, antes tenían que formarse un número suficiente de profesores, realizando licenciaturas y doctorados en las facultades eclesiásticas romanas. El centro universitario no pudo verlo realizado en vida, pero tocaría a su sucesor ponerlo en marcha en 1984: se trata de la actual Pontificia Universidad de la Santa Cruz.

Algunos de los alumnos del Colegio Romano de la Santa Cruz que habían obtenido el doctorado en las facultades eclesiásticas romanas decidieron dedicarse profesionalmente a la Filosofía, el Derecho Canónico, la Pedagogía y la Teología. Con ellos se formó con el tiempo un cuerpo de profesores que se dedicó a impartir en la misma sede del Colegio las asignaturas del ciclo institucional de estudios eclesiásticos. Más tarde, varios de ellos trabajaron en las facultades eclesiásticas de la Universidad de Navarra o en otras instituciones, entre otras la actual Pontificia Universidad de la Santa Cruz.

Volviendo a 1949, era urgente conseguir un edificio como sede del Colegio Romano. Se vieron varios lugares. La posibilidad más concreta que se ofrecía –el Oratorio del Gonfalone, junto a la Via Giulia–, se desvaneció en 1950. Lo mismo ocurrió con otra posible sede, junto a la Iglesia de los Santi Quattro Coronati. Escribá de Balaguer tuvo que contentarse con Villa Tevere como sede provisional del Colegio.

En el curso 1950-51, el Centro contaba ya con más de veinticinco alumnos “y pronto –escribía con satisfacción san Josemaría– podremos enviar profesores y directores de Centros de Estudios a cada Región, con láurea en filosofía escolástica, en Derecho canónico y en Teología. ¡Un gran paso, para la formación de todos y para facilitar la elección de gente que vaya al Sacerdocio!” (AVP, III, p. 213). Ya en esos

incipientes momentos, veía proyectada en el tiempo lo que hoy es una realidad: “De aquí, del Colegio Romano, saldrán centenares –millares– de sacerdotes y de laicos que extenderán la labor en los sitios en que se está trabajando; la comenzarán en otras muchas naciones que nos esperan; y pondrán en marcha Centros de formación, para hombres de todos los continentes y de todas las razas, en servicio de la Iglesia” (BERNAL, 1980, p. 322).

Enseguida, las dificultades económicas motivadas por la construcción de los edificios de Villa Tevere y el mantenimiento de los alumnos fueron agobiantes. Eran obras de cierta envergadura y, como la penuria económica fue tanta, representaron un auténtico desafío: “Muy apurados de dinero [escribía en 1950 el fundador en una carta a sus hijos del Consejo General, entonces todavía en Madrid]. Días de no saber cómo pagar –ni un resquicio humano se ve–, para poder continuar estas obras de Villa Tevere” (AVP, III, p. 213). “Seguimos saliendo adelante, cada día, de milagro” (*ibidem*, p. 212), se lee en otra carta de 1954. Fueron esos primeros años “una dura prueba, un interminable agobio en medio de una indelible pobreza” (*ibidem*, p. 273).

Pero estas dificultades no frenaron el desarrollo del Centro: siguió aumentando el número de alumnos y el ambiente iba haciéndose cada vez más internacional. San Josemaría lo recordaba así: “Estábamos siempre pensando en traer más gente al Colegio Romano, todos los posibles, porque convenía: para la gloria de Dios, para el servicio de la Iglesia, de las almas y de la Obra, para que (...) aprendáis a amar a otras naciones, y a ver las cosas buenas y los defectos que hay en otras tierras como los hay en la de cada uno. Convenía, además, para recibir una formación recia, unitaria, en el buen espíritu de la Obra” (citado en BERNAL, 1980, p. 320).

En 1951 san Josemaría aprobó el plan de estudios para los numerarios del Opus Dei, en el que se fijaban, en particular, los

cursos institucionales de Filosofía y Teología que debían seguir. Los programas de cada asignatura tenían la profundidad y rigor que se exigían en las universidades pontificias de Roma. A este plan de 1951 siguió otro análogo, del 14 de febrero de 1955, para las numerarias del Opus Dei.

En 1952 se incorporaron al Colegio Romano de la Santa Cruz personas de México, Portugal, Irlanda, Italia y España. Ese año, la ya difícil situación económica se hizo desesperada y fue ésta una de las intenciones que llevaron a san Josemaría a consagrar el Opus Dei al Sagrado Corazón, el 26 de octubre de 1952. En 1953, los alumnos eran ya ciento veinte, y el fundador pensaba todavía en aumentar ese número hasta un máximo de doscientos.

Las dificultades de espacio y las restricciones eran tales que fue necesario buscar un lugar donde los alumnos pudieran tener un poco de esparcimiento, al menos durante el verano. Gracias a los buenos oficios de Álvaro del Portillo –que contó con la generosidad de un amigo suyo–, se consiguió una finca agrícola en Salto di Fondi, cerca de Terracina, que además de convertirse en sede del Colegio Romano en los periodos de descanso, proporcionó comestibles muy necesarios para los Centros de Roma: el fundador lo veía como “el pan, el descanso y la salud de nuestra gente del Colegio Romano” (AVP, III, p. 250). Para su puesta en marcha fue muy valiosa la ayuda personal de Carmen Escrivá de Balaguer, hermana del fundador. La casa se usó desde 1953 a 1966, cuando se dejó y se buscó otra en una zona de montaña, cerca de L’Aquila.

En 1953, con motivo del 25º aniversario de la fundación del Opus Dei, san Josemaría recibió una carta muy elogiosa del Prefecto de la Sagrada Congregación de Seminarios y Universidades, el Card. Pizzardo. Después de alabar el plan de estudios eclesiales para todos los miembros de la Obra, calificaba de “sabia y previsoramente prudente” la decisión de erigir, en

1948, el Colegio Romano de la Santa Cruz, “sin ahorrarse fatigas y sufrimientos” (IJC, Apéndice documental, n. 39, pp. 561-563).

Ciertamente, los hechos confirmaron la cordura de aquella “locura” inicial de san Josemaría. Después de seis años, en agosto de 1954, podía vislumbrar los prometedoros resultados del Centro, y así lo escribía a varios hijos suyos que estaban al frente de las circunscripciones de la *Obra*: “Si me sois fieles, si no nos dejáis solos, desde el próximo año habrá numerosas promociones de sacerdotes, con los grados académicos eclesiásticos obtenidos en Roma. Esto supone que, desde diciembre del 55, podréis contar cada año con personal... si respondéis a mis llamadas, que son llamadas de Dios”. Les hablaba de la improrrogable necesidad de enviar dinero y gente para el Colegio Romano de la Santa Cruz. “Pensad que, mientras no lleguemos al final –hasta el último ladrillo, hasta la última silla–, es como si la casa de la *Obra* se nos quemara. Es preciso, por encima de todo, apagar este incendio” (AVP, III, pp. 273-274).

Un año después, el 20 de abril de 1955, se obtuvo el apoyo de una empresa de construcción, la empresa Castelli, que –sin solucionar el problema económico– proporcionó serenidad, pues las obras podrían continuar sin los continuos agobios debidos a la falta de liquidez, que amenazaban con paralizar todo. “Ese respiro económico permitió realizar el proyecto sin mayores retrasos. De modo que se pudo hacer frente a la necesidad de disponer de plazas suficientes, mejorando la situación de los nuevos alumnos del Colegio Romano” (AVP, III, p. 256).

3. Consolidación y sede definitiva (1956-1975)

En el año académico 1955-56 salieron sesenta nuevos doctores del Colegio Romano. A menos de diez años de su fundación, el Centro estaba alcanzando su madurez y –como había previsto san Jose-

maría– podía ofrecer de manera continuada promociones de sacerdotes y seglares debidamente formados. Pero, como se ha dicho, san Josemaría quería aumentar el número de alumnos hasta llegar a doscientos, y para eso era absolutamente necesario acabar los trabajos de Villa Tevere. Además, las obras requerían una notable dedicación de tiempo por parte de los alumnos, que colaboraban en múltiples tareas relacionadas con las obras sin descuidar su exigente plan de estudios y de formación.

El tiempo escaseaba y también el espacio y los medios materiales, pero estos inconvenientes se suplían con la cariñosa y vigilante presencia del fundador. Sus palabras en frecuentes tertulias eran la mejor explicación del espíritu y de la historia del Opus Dei, como han testimoniado muchas personas. Sabía encender a sus oyentes en deseos de entregarse a Dios y de llevar la luz del Evangelio a todas partes. El ambiente, muy hogareño, rebosaba alegría y espíritu juvenil, así que las incomodidades materiales se tomaban a modo de anécdota divertida. Era clara la conciencia del privilegio que suponía vivir junto a un santo auténtico, que era además un Padre, enérgico y cariñoso a la vez. Todo esto, que procede de los relatos de quienes vivieron esos momentos, permite concluir que la huella que el fundador dejó en el Colegio Romano de la Santa Cruz fue imborrable. Con frase expresiva, lo explicaba su sucesor, cuando afirmaba que aquel Centro era “obra de las manos, de la cabeza, del alma, del corazón de nuestro queridísimo Padre” (DEL PORTILLO, 1988, p. 132).

El 9 de enero de 1960 se terminaron por fin las obras de Villa Tevere, pero a mediados de esa década, aquellos edificios que tanto esfuerzo habían costado se habían quedado pequeños para albergar el Colegio Romano. Los alumnos seguían aumentando en número, con lo que el espacio disponible disminuía de curso en curso. San Josemaría deseaba que esos

hijos suyos pudieran estar más tiempo al aire libre y con facilidades para hacer deporte. Los órganos centrales de gobierno de la Obra, cuyas funciones también se habían dilatado, necesitaban más espacio. Fue entonces –en el mes de noviembre de 1967– “cuando determinó que el Colegio Romano no podía seguir alojado por más tiempo en la sede central del Opus Dei. Debía trasladarse a otra parte; y rápidamente. Así, pues, se pusieron a buscar un posible emplazamiento en el casco urbano. (...) Después de algunas consultas, y teniendo en cuenta el factor principal –la escasez de dinero–, el Padre se decidió por lo más ventajoso. Es decir, levantar edificios de nueva planta” (AVP, III, pp. 675-676). Se encontraron unos terrenos en las afueras de Roma, junto a la vía Flaminia: el nombre elegido para la sede definitiva fue “Cavabianca”.

De nuevo se embarcaba san Josemaría en una empresa demasiado audaz, otra “locura” a los ojos humanos (de hecho la llamaría, bromeando, una de sus “últimas locuras”). Ciertamente la situación económica no era tan desastrosa como en los años cincuenta, pero tampoco se contaba con suficientes recursos para afrontar una empresa de tal envergadura. Por otro lado, en muchos lugares se estaban cerrando seminarios y noviciados de religiosos, a causa de la crisis vocacional que se desencadenó tras el Concilio Vaticano II, y no faltaron quienes le criticaron por esto o intentaron disuadirle: “Vienen a verme obispos de todo el mundo –explicaba en 1972–, y me dicen: *pero usted está loco...* Y les contesto: estoy cuerdisimo. Cuando hay pájaros y no se tiene jaula, lo que hace falta es la jaula. Necesito formar allí –teniéndolos uno, dos o tres años, todo lo más– a hijos míos intelectuales de todos los países” (AVP, III, p. 677).

Entre 1968 y 1970 se realizaron los estudios y proyectos previos. En 1971, anunciaba san Josemaría: “Vamos a comenzar las obras allá arriba, en Cavabianca, con

dinero que no es nuestro, con el fruto del trabajo de muchos hermanos vuestros, y con la ayuda de muchas personas que ni siquiera son cristianas”. Y más tarde añadía: “En todo el mundo hemos comenzado a preparar instrumentos de trabajo sin dinero. Yo lo había hecho antes muchas veces; pero desde hace años tenía el propósito de no volver a obrar así. Sin embargo, pensando que el bien de la Iglesia y el bien de la Obra (...) hace conveniente que muchos hijos míos pasen por Roma, hemos comenzado a construir Cavabianca con pocas liras. No quería repetir esa locura, pero ya estamos metidos en esta tarea” (SASTRE, 1991, p. 618).

Las obras comenzaron el 9 de enero de 1971 y el 7 de marzo de 1974 pudieron trasladarse a Cavabianca algunos alumnos del Colegio Romano. Como había hecho en Villa Tevere, san Josemaría dedicó toda su atención a la preparación de este nuevo instrumento, incluso a detalles arquitectónicos o de decoración, para garantizar que cumpliera su función formativa y se facilitaran la vida de piedad, el estudio y el necesario descanso, junto a la práctica de las virtudes cristianas. También los alumnos de Colegio Romano colaboraron en muchas cuestiones materiales para agilizar las obras y ahorrar en lo posible.

Hasta pocos días antes de morir, san Josemaría atendió con cariño y desvelos de buen Pastor a los alumnos del Colegio Romano de la Santa Cruz. Siguió yéndoles a ver y a charlar con ellos a menudo, para formarlos y transmitirles el espíritu del Opus Dei. Cuando entregó su alma a Dios, 934 alumnos habían pasado por el Colegio Romano.

Voces relacionadas: Colegio Romano de Santa María; Villa Tevere.

Bibliografía: AVP, III, *passim*; Salvador BERNAL, *Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer. Apuntes sobre la vida del Fundador del Opus Dei*, Madrid, Rialp, 1980^o; Javier ECHEVARRÍA, “Un’università ro-

mana ideada da San Josemaría Escrivá e realizada da Mons. Álvaro del Portillo. Inaugurazione dell'anno accademico 2009-2010", en Giovanni TRIDENTE - Cristian MENDOZA, *Pontificia Università della Santa Croce. Dono e compito. 25 anni di attività. Pontifical University of the Holy Cross. A Gift and a Calling. 25 Years of Activities*, Cinisello Balsamo (Milano), Silvana Editoriale, 2010, pp. 24-33; Álvaro DEL PORTILLO, "Homilía", 29-VI-1988, *Romana. Boletín de la Prelatura de la Santa Cruz y Opus Dei*, 6 (1988), p. 132; Ana SASTRE, *Tiempo de caminar. Semblanza de Monseñor Josemaría Escrivá de Balaguer*, Madrid, Rialp, 1991.

Luis CANO

COLEGIO ROMANO DE SANTA MARÍA

1. Los comienzos del Colegio Romano. 2. El Colegio Romano de Santa María en Villa delle Rose. 3. El Colegio Romano en Villa Balestra.

El Colegio Romano de Santa María es un Centro interregional para la formación de mujeres del Opus Dei, con sede en Roma, erigido por san Josemaría. Su prehistoria se remonta a finales de la década de 1940.

1. Los comienzos del Colegio Romano

En junio de 1948, convencido de que había llegado el momento de dar un nuevo impulso en la expansión el Opus Dei por todo el mundo, san Josemaría firmó el *Decreto de erección del Colegio Romano de la Santa Cruz*, para la formación de los varones. No era posible aún empezar un Colegio análogo para sus hijas, pues había pocas mujeres del Opus Dei y no podían desplazarse a Roma sin desatender la labor que se realizaba. La Guerra Civil española (1936-39) había dificultado el incremento de mujeres en el Opus Dei. San Josemaría iba sin embargo preparando el comienzo de un Centro de Estudios interregional para mujeres del Opus Dei (cfr. AVP, III, p. 281).

Veía necesario formar bien a los fieles del Opus Dei –tanto varones como mujeres–, para enraizar los apostolados de la Obra en sus países y comenzar actividades en nuevos lugares. La gran diversidad de los fieles del Opus Dei que se preveía –de origen, raza, cultura y profesión– hacía necesario dar una sólida formación a todos en la doctrina cristiana y en el espíritu de la Obra; sólo así se podía garantizar la unidad y la eficacia apostólica del Opus Dei a lo largo del tiempo. San Josemaría inició en aquellos años una verdadera “batalla de formación” para proporcionar a todos los fieles de la Obra estudios de Filosofía y Teología, adecuados a la capacidad intelectual y al nivel cultural de cada uno. Tenía el profundo convencimiento de que la ignorancia es el mayor enemigo de la fe y el obstáculo para que se dé un verdadero desarrollo humano. Deseaba también que todos –también las mujeres– se “hicieran muy romanos”, es decir, que cimentasen su amor a la Iglesia y al Papa, siendo así universales, católicos, con corazón grande y espíritu amplio, abiertos a todos los hombres, sin distinción de raza, lengua, cultura o nacionalidad.

En ese contexto, el 12 de diciembre de 1953, san Josemaría erigió el Colegio Romano de Santa María. Su fin, como expresa el *Decreto de erección del Colegio Romano de Santa María*, es fortalecer en las mujeres del Opus Dei la unión con Dios –vida contemplativa en medio de las actividades ordinarias– y capacitarlas para llevar a cabo una constante y sobrenatural actividad apostólica. El Colegio Romano –afirma el *Decreto*– imparte una formación doctrinal teológica y espiritual que contribuya a profundizar en la vida cristiana y en el espíritu del Opus Dei, y permita transmitir la fe allá donde cada uno se encuentre. El *Decreto* continúa diciendo que se constituye para mujeres procedentes de todas las naciones, en la Urbe, centro y cabeza de la Iglesia católica, de modo que sea, también para el Opus Dei, instrumento de unidad y cohesión. Recuerda finalmente